

EN LA COYUNTURA ELECTORAL DE 1986:
HISTORIA, PUEBLO Y PODER

José Antinoe Fiallo*

Pierre Villar en su *Iniciación al Vocabulario Histórico* dice en relación a la categoría coyuntura:

En el sentido más general, la coyuntura es el conjunto de las condiciones articuladas entre sí que caracterizan un momento en el movimiento global de la materia histórica. En ese sentido, se trata de todas las condiciones, tanto de las psicológicas, políticas y sociales como de las económicas o meteorológicas.¹

Y agrega:

Para el hombre de acción, examinar la coyuntura equivale a definir el momento.²

Por su lado, Martha Harnecker, en *Los conceptos elementales del materialismo histórico* afirma:

La coyuntura política es el "momento actual" de la lucha de clases en una formación social o sistema de formaciones sociales.³

A esta caracterización puntualiza:

Este momento actual se caracteriza por ser una síntesis de las contradicciones de una formación o de un sistema de formaciones sociales en un momento determinado de su desarrollo.⁴

Sin pretender iniciar nuestro trabajo a partir de una discusión teórica o puramente abstracta en torno a la categoría coyuntura, tenemos la necesidad de perfilar una caracterización general de esta categoría, con la intención fundamental de establecer las reglas del juego de nuestro análisis.

(*) Profesor de Historia Dominicana y Director del Colegio Universitario (UASD).

En tal sentido es de interés recalcar, en primer lugar, que la caracterización que hace Villar nos permite establecer con claridad que es necesario no abandonar una cuestión metodológica fundamental que se refiere a **la apropiación de la coyuntura como un momento procesal**, es decir como una heterogeneidad que se desplaza históricamente, y que **su genética está precisamente en su historicidad** como expresión heterogénea de una materialidad heterogénea.

Y Harnecker contribuye a darle una conclusión sistemática desde el punto de vista del análisis de las contradicciones sociales, a partir de una jerarquización de las mismas en la formación económico social o en un sistema global de las mismas.

En el contexto dominicano es de suma importancia explicitar, además, el abordamiento de la relación entre el Estado, las formas de hegemonización en las diversos dominios de clase, las alianzas de clase correspondientes a la hegemonización y los procesos electorales en cada uno de los esquemas estatales de dominación.

Ello así, porque, una coyuntura electoral es un momento de competencia en la contradicción en el orden burgués periférico, para crear y legitimar una mayoría cuantitativa de resultados del sufragio "universal", asignándose, en consecuencia, cuotas de los poderes formales del Estado a las diversas fuerzas que compiten en ese espacio de legitimación.

PROYECTOS HISTÓRICOS Y COYUNTURAS ELECTORALES

El post-trujillismo, fundamentalmente el período 1961-65 está marcado por los resultados de la quiebra de la forma trujillista de la dictadura estatal. **En la dictadura trujillista la coyuntura electoral era una parte subalterna en el esquema del dominio de clase**, en la medida en que la relación entre la jefatura política de la dictadura y el consenso en relación a la sociedad civil se realizaba al través de una variada gama de organizaciones e instituciones de control y participación que tenían como eje el Partido Dominicano.

En la cúspide de la dictadura operaba una alianza de clase encabezada por el pacto entre la burguesía trujillista, la burguesía burocrática de los funcionarios trujillistas y la burguesía extranjera, a la cual se incorporaban en forma subalterna sectores importantes de la pequeña burguesía urbana, el campesinado y capas trabajadoras. En tal sentido, el equilibrio entre el dominio de la sociedad política en la dictadura, y las potencialidades de desequilibrio o espacios contrahegemónicos en la sociedad civil, estaban, en casi todas las coyunturas de crisis bajo tendencias de control.

Desde esta perspectiva, la coyuntura electoral trujillista

expresaba fundamentalmente una parte subalterna ritual, sobre todo, para avalar su alianza con la burguesía extranjera y su estado, es decir, el Estado norteamericano.

En tal sentido, cuando se produce el ajusticiamiento de Rafael L. Trujillo, se rompe el equilibrio interno de la alianza de clases de la dictadura burguesa, en la medida en que la disposición de factores de control político, caracterizados por un monopolio y concentración "inaudita" de la hegemonía en el jefe político, determinan el inicio de un proceso de fraccionamiento de la alianza hegemónica, por un lado. Y por el otro, una perfilación nítida de las contradicciones entre la sociedad política y la sociedad civil, abriéndose espacios amplios a los movimientos contrahegemónicos de las fuerzas opositoras burguesas y populares.

Es acertada pues la apreciación de Manuel Rodríguez Morales en su ensayo *Hegemonía y Estrategia Revolucionaria*⁵ cuando afirma:

La incapacidad de la burguesía asociada y heredera del eje de la acumulación trujillista de organizar nuevos ejes y modelos de acumulación; la reorganización de la sociedad civil; la activación de los movimientos sociales y reivindicativos; las limitaciones políticas y operativas de las fuerzas armadas como columna vertebral del Estado; la crisis general del capitalismo; las fluctuaciones de los precios de los productos de exportación y el deterioro de los términos del intercambio, se tradujeron en el post-trujillismo, en factores de crisis hegemónicas que mantuvieron en constante reestructuración a las alianzas hegemónicas bajo los auspicios del imperialismo yanqui. La transición de gobiernos hasta el Consejo de Estado, e inclusive este último, son una expresión de esta situación.

En efecto, los años 1961 y 1962, este último parcialmente, no permiten resolver momentáneamente ninguna crisis política al través de la coyuntura electoral, es decir, en la medida en que un momento de esta naturaleza requería de una alta dosis de uso de los procesos de hegemonización, a los cuales las fracciones, clases y fuerzas no estaban preparadas históricamente.

La necesidad de la burguesía extranjera y su poder estatal norteamericano de viabilizar un proyecto que articulara democracia burguesa, reformas y contrainsurgencia en una nueva alianza encabezada por ella, sitúa en primer plano la necesidad de una transición post-trujillista que utilizara una coyuntura electoral como punto de partida, es decir, desplegar la lucha social de clases en el contexto de un momento de los sufragantes.

El momento de los sufragantes o de los votantes es la culminación de un proceso mítico donde confluyen los sectores populares

y las clases dominantes, a relevar la forma trujillista de la dictadura, y en el cual los participantes rompen simbólicamente el monopolio de esa forma de la dictadura, consagrando la iniciativa individual de selección en la autonomía de la conciencia personal. Independientemente del resultado de las elecciones de diciembre de 1962, con ellas se introduce por primera vez en la historia contemporánea, el elemento fundamental de mistificación del proceso electoral: todos iguales concurrimos y en ese momento todos somos lo mismo; acto por tanto, que oculta la cuestión fundamental de una sociedad de clases, su división, su segregación socio-espacial.

La reivindicación democrático-burguesa en la sociedad dominicana está inserta, de forma velada u oscura, en la necesidad de la burguesía tradicional de apropiarse de la emergencia popular en un pacto de sucesión que oculta la naturaleza del relevo post-trujillista. Sin embargo, este proceso no pudo madurar, porque, las fuerzas políticas y de clase de la burguesía tradicional, que habían copado corporativamente el Gobierno del Consejo de Estado, no tenían los recursos en la sociedad civil para alcanzar un momento hegemónico electoral.

LA RUPTURA ACUMULADA

Ello explica el resultado electoral de 1962, en cuanto que, si bien la mistificación se produce, como demanda democrático-burguesa se canaliza por la vía del boschismo y el perredeísmo, en la medida en que esta mistificación era manejada o manipulada a partir de una plataforma populista de participación. En tal sentido, la soberanía del sufragio, dentro de esta plataforma electoral, asume una perfilación colectiva de los grupos oprimidos o subalternos.

Sin embargo, la coyuntura electoral de 1962 no respondía a las fuerzas reales del capitalismo dominicano, a su dinámica de sucesión post-trujillista, a las tendencias prevalecientes en la burguesía tradicional como burguesía improductiva y parásita. No es casual, pues, la necesidad histórica del Golpe Militar de 1963 para esos sectores, en la medida en que la coyuntura de Diciembre de 1962 y los métodos gubernamentales del boschismo, amparados en recursos de hegemonización parciales, no permitían la reformulación de las políticas estatales y las alianzas de clase.

El resultado de las elecciones de 1962 en términos de la conformación del poder político estatal introducía una aguda contradicción en el corazón mismo del Estado dominicano, por cuanto el proyecto boschista era inorgánico a la dinámica del capitalismo periférico dominicano, y el Golpe de Estado era la reposición de las reglas del juego de la minoría concentrada y orgánica del capital criollo y extranjero.

Septiembre de 1963 introduce un momento de crisis para la mistificación de la conciencia colectiva en relación al valor de una coyuntura electoral, lo que equivale decir, la acumulación de un momento más de crisis en la capacidad hegemónica de la burguesía tradicional.

Ello explica, entre otros factores, por qué los regímenes sucesivos del Triunvirato, desde 1963 a 1965 no pudieran reciclar rápidamente la plataforma electoral y la coyuntura electoral, como momento de confrontación de clases, por cuanto su alianza de clases quedaba cada día más reducida y aislada en la sociedad política, agrupando fundamentalmente a la burguesía extranjera y los núcleos más recalcitrantes de la burguesía criolla comercial e importadora-exportadora.

Los espacios contrahegemónicos en la sociedad civil se abrieron rápidamente en las movilizaciones urbanas y huelgas insurreccionales, constituyéndose verdaderos momentos conspirativos y revolucionarios en una perspectiva democrático-burguesa radical, momentos insurgentes sustitutivos de los momentos electorales, como coyunturas de participación y decisión reales en los espacios territoriales urbanos. El momento del sufragio se sustituye por el momento de la acción callejera de masas o de las decisiones conspirativas cívico-militares. Momentos de fuerzas y de consenso de la movilización.

Esta situación desembocaría necesariamente en el Golpe de Estado del 24 de Abril de 1965 y sus consecuencias inmediatas: la insurrección popular y la intervención norteamericana como consecuencia de la instalación de un poder armado democrático-burgués avanzado como momento revolucionario.

SIGNIFICADO DE LA OCUPACION MILITAR Y SUS CONSECUENCIAS

En efecto, las consignas de "Constitucionalidad sin Elecciones" y "Constitución de 1963", si bien es cierto que partían de la utopía mistificadora de la colectividad populista electoral de 1963, en la dinámica del poder armado constitucionalista eran la expresión de nuevas formas de participación y poder en la base: los comandos constitucionalistas, abigarrados órganos que expresaban una alianza en la sociedad civil de trabajadores, chiriperos, pequeño-burgueses, burócratas civiles y militares, y otras fuerzas sociales.

Por ello se produce la ocupación militar imperialista del 28 de Abril de 1965 con la finalidad estratégica de reconstruir el Estado dominicano post-trujillista a partir de nuevas políticas de seguridad y desarrollismo económico para fortalecer el capitalismo periférico. En tal sentido es importante precisar que este proceso

se inicia con una dictadura militar de ocupación que se transforma en una dictadura militar-civil norteamericana-criolla (Gobierno de García Godoy), para, además de sus funciones estratégicas, **organizar un momento electoral, una coyuntura electoral, en un contexto de ocupación y fórmulas hegemónicas que redefinieran la alianza dominante que había sido quebrada.**

En tal sentido cabe caracterizar el momento electoral de 1966 como un momento táctico en el marco de una estrategia militar de seguridad de la alianza entre la burguesía extranjera y su Estado, la burguesía de los funcionarios trujillistas y un sector de la burguesía tradicional, lo cual explica tanto la candidatura del doctor Joaquín Balaguer, como el contexto de cohesión del momento electoral. El contexto de cohesión es lo fundamental, siendo reforzado por las políticas hegemónicas o de consenso hacia las capas campesinas y un sector de la población pequeño burguesa y femenino de las zonas urbanas.

De todas formas el momento electoral de 1966 está marcado por una estrategia contrainsurgente, donde el poder extranjero ejerce la función de protectorado en la sociedad política, al través de una alianza estrecha con el liderazgo bonapartista del balaguerismo que se articula de forma directa e individual con la clase burguesa y sus expresiones corporativas.

Es por ello que los momentos o coyunturas electorales en el balaguerismo van a ser momentos de fuerza, de cohesión abierta, para garantizar una mitología competitiva donde las reglas del juego sacan a los adversarios del terreno de disputa. Es el caso de las elecciones municipales de 1968, pero fundamentalmente las nacionales de 1970 y 1974.

Las coyunturas electorales "de fuerza" de 1970 y 1974 caracterizan la relación del Estado, la burguesía y los partidos. En 1970 el momento electoral se caracteriza por la exclusión del perredeísmo (PRD) por confluencia tanto de la ocupación militar territorial del espacio electoral, como por la contrapartida boschista de abstención para garantizar el control personal del PRD.

Esta situación desplazó al terreno electoral una competencia exclusivamente entre la matriz balaguerista (Partido Reformista) y las disenciones de la misma, entre ellas el Lorismo (Movimiento de Integración Antirreeleccionista -MIDA-), con lo que garantizaba una cierta homogeneidad en las contradicciones en la sociedad política.

Al concluir el segundo período balaguerista, ya comenzaban a presentarse los primeros síntomas de descomposición del modelo político clásico de la dictadura bonapartista del balaguerismo, y el momento electoral de 1974 significó, no tan sólo la ocupación

militar territorial del espacio electoral, sino además, la movilización militar electoral en el terreno político, llevando la cohesión como elemento fundamental de la candidatura balaguerista de manera directa.

En tal sentido, la emergencia del llamado Acuerdo de Santiago encabezado por el PRD, el Partido Quisqueyano Demócrata (PQD) y el Movimiento Popular Dominicano (MPD), fue la última versión burguesa populista del perredeísmo, que no contó con un sólido respaldo corporativo de la clase dominante y el poder norteamericano, lo que le permitió al balaguerismo mantener en lo fundamental, en el momento electoral, la alianza entre éste, la burguesía extranjera y la burguesía tradicional ahora en proceso de redefinición y en lenta confrontación con la burguesía de los funcionarios balagueristas.

EL REARME DE LA MITIFICACION: LA VOLUNTAD POPULAR DE 1978

Como decíamos en el párrafo anterior, se podía prever una redefinición de las alianzas de clase en el Estado, en la medida en que el desarrollismo balaguerista, los intereses políticos del Estado norteamericano, la consolidación de grupos monopólicos criollos de matriz contradictoria a la burguesía burocrática, comenzaron a generar una dinámica de exigencia de reformulación o remodelación de la sociedad política y su dictadura de clase.

En tal sentido, la tradicional cohesión y monopolio de la fracción civico-militar balaguerista sobre el Estado, y como derivado, de los recursos de reproducción y acumulación, se constituían en una traba a la exigencia de redefinición política en el Estado, que debía pasar por la apertura de un cierto nivel de competitividad entre los grupos monopólicos maduros. Por ello, el momento o coyuntura electoral de 1978 va a estar condicionado por la necesidad de que los espacios electorales que se abrieran permitieran una manifestación idónea de la nueva alianza que buscaba expresarse en la coyuntura electoral como momento competitivo que articulaba a sectores importantes de la burguesía tradicional no balaguerista, la burguesía extranjera y la política regional de la administración Carter, el perredeísmo como fuerza más coherente de clase y menos populista y franjas importantes del movimiento popular y la izquierda tradicional.

Obviamente, la forma bonapartista del balaguerismo, su capacidad operativa en la sociedad política, en las alianzas de clase y en la sociedad civil se había mermado considerablemente en la lucha contradictoria de clases, sobre todo porque su aislamiento en el contexto de la sociedad política burguesa y en la sociedad civil era creciente, lo que explica por qué la estrategia burguesa de oposición

genera un espejismo creíble de la "mayoría" de todas las clases contra la minoría bonapartista en el Estado, "arriba".

Ocultada tras esa ofensiva que cuantificaba al pueblo como mayoría frente a la minoría balaguerista, surge la plataforma de la nueva alianza de clases, caracterizada, en este caso como "voluntad popular" y que tenía como objetivo fundamental impedir la militarización de los "colegios electorales" post-votación, para garantizar que esa militarización no resultara en una variación de la cuantificación mayoritaria de la alianza expresada al través del "sufragio universal". En este momento electoral de 1978 se pretendió instalar la cohesión abruptamente en una situación de debilidad en la sociedad política y la sociedad civil, y donde la burguesía opositora y sus partidos y fuerzas sociales, levantaban una bandera democrático-burguesa conservadora y bajo control como lo es la "voluntad electoral del pueblo" en un contexto donde la fracción que encabezaba la alianza, es decir la burguesía y el poder extranjero, pretendían un rearme moral e ideológico al través de la plataforma de Carter sobre los "derechos humanos".

En todo caso, el resultado estratégico fundamental de esta confrontación fue el relevo de la mistificación abandonada con el Golpe de Estado de 1963 y con los momentos electorales de fuerza de los años 1970 y 1966, 1970 y 1974, haciéndose más complejos, a partir de ahora, los momentos y coyunturas electorales, por el peso y las raíces extendidas de esta mistificación que asimila votación, pueblo y poder, y detrás de la cual se oculta la alianza de clases burguesa y la subalternidad del pueblo en su condición de oprimido y segregado.

Este momento electoral, que debilita sustancialmente al balaguerismo como plataforma burocrático civil-militar, permite una redefinición de la relación entre las fracciones burguesas criollas y extranjeras con las fuerzas políticas, y una mayor perfilación de estas fuerzas políticas, ya sea por su práctica estatal como el perredeísmo, y en la oposición populista como el boschismo.

En cierta medida se abre una potencialidad de competitividad para la vida cotidiana política y de clase y para los momentos o coyunturas electorales, en el contexto de la dictadura democrática del Estado.

Esta competitividad para la burguesía y con el pueblo como fuerza de apoyo subalterna, se realiza, para el balaguerismo, en condiciones particularmente difíciles, y ello se mide claramente en la coyuntura o momento electoral de 1982, a pesar de la problemática situación del perredeísmo. Algunos analistas señalan que el Dr. Joaquín Balaguer ingresó al momento electoral en una actitud de competitividad "bajo control", en la medida en que consideraba que

sus posibilidades eran limitadas por diversos factores políticos e históricos.

Sin entrar en especulaciones, pues, debemos señalar que obviamente el momento o coyuntura establece claramente una alianza entre la burguesía extranjera, un sector importante de las fracciones burguesas criollas y la tendencia jorgeblanquista, la cual intenta desde el inicio articularse orgánicamente a las exigencias del gran capital por la vía de la política del Fondo Monetario Internacional (FMI).

La organicidad jorgeblanquista con la política de la burguesía extranjera crea el marco fundamental para caracterizar el período de transición al nuevo momento electoral o coyuntura de 1986. En efecto, la política fondomonetarista, que es fundamentalmente concentradora y pauperizadora de las masas, crea una triple vertiente de canalización opositora para la misma, triple vertiente, canalizadora progresiva de expectativas electorales.

En primer lugar, profundiza la escisión partidaria el perredeísmo en la medida en que impide universalizar en la estructura orgánica la hegemonía de una de las fracciones o grupos partidarios, estableciendo a Jacobo Majluta como en líder en referencia a la oposición interna perredeísta frente al gobierno de Salvador Jorge Blanco. Esta situación agudizó sustancialmente la crisis partidaria, institucionalizándola como crónica y explosiva.

Por otro lado, este marco global de la política fondomonetarista permite una reformulación general de la política del balague-rismo que le facilitará romper las viejas limitaciones de inserción en la sociedad civil, al través de una política limitada de organización partidaria electoral, con la cual no contó en las coyunturas anteriores. Aunque la modernización ideológica ("socialcristianización") del Partido Reformista, así como su variante organizativa (estructura cuartelaría electoral) no significan un avance para colectivizar la representatividad de clase y la sucesión política de la jefatura carismática balaguerista, en términos de la confrontación electoral con el perredeísmo aporta una mayor capacidad de movilización social, especialmente urbana.

En tercer lugar, la política del boschismo al través de su instrumento político el Partido de la Liberación Dominicana (PLD), tiende progresivamente a su redefinición como partido de tipo socialdemócrata clásico, y en tal sentido readecúa su estructura hacia una organización de comités, institucionalizando la relación personal del líder con la organización y el proceso electoral en una incidencia marcada de tipo urbano.

LA ESPECIFICIDAD DE LA COYUNTURA ELECTORAL DE 1986

En efecto, si observamos la problemática partidaria, tras la cual se ocultan profundas contradicciones históricas de clase, apreciamos en primer lugar una redistribución de las "simpatías del espacio" urbano en un contexto de fraccionamiento del perredeísmo y "reconciliación" pactada del mismo, de un ascenso del balaguerismo y de un reajuste populista del *boschismo-peledeísmo*.

En tal sentido, aunque los elementos de cohesión están presentes en las formas cotidianas del dominio de clase, como lo demostrara Abril de 1984 y el control policiaco militar del espacio barrial de manera cotidiana, **se observa como cuestión fundamental la capacidad de una u otra fuerza política, en este contexto de fraccionamiento y debilidad, de articular sus respectivas alianzas hegemónicas que se traduzcan en resultados cuantitativos en la coyuntura electoral, pero que sean capaces también, al través de una sutil desmitificación del momento electoral de reconocer la organicidad necesaria del capital en cada uno de los proyectos insertos en la plataforma legitimación electoral.**

Sin embargo, para cada fuerza política las potencialidades son diferentes. Como señalamos en párrafos anteriores el PRSC (reformista) creció políticamente y se dio, mal que bien, una estructura electoral que no tenía, porque fue históricamente un partido desde el poder del Estado, un partido estatal. Además de la estructura electoral, ha podido articular respuestas publicitarias y propagandísticas capaces de reforzarlo en su comunicación con la sociedad civil, en términos de comprensión e identificación.

El perredeísmo no ha crecido electoralmente ni orgánicamente desde 1982, y aún más, su escisión orgánica es real y efectiva a pesar del "Pacto La Unión", pacto que de todas formas perjudica al candidato Majluta por cuanto, a pesar de sus declaraciones, tiene que asumir la condición de oficialista de las políticas fondomonetaristas, por un lado, y por el otro, arrastrando tras de sí las candidaturas de funcionarios y representantes del grupo jorgeblanquista. Ello en una coyuntura de crisis del suministro eléctrico, transporte, precios, entre otros aspectos incidentes.

Pero aún más, es necesario agregar la virtual abstención de sectores perredeístas, la actitud del dirigente José Francisco Peña Gómez y la escogencia de un extrapartido vinculado al clan de la familia Guzmán como candidato vice-presidencial, pero sin ningún ascendiente en el cuadro político nacional, salvo ser correa de comunicación con fracciones de la burguesía local, pero de escaso valor representativo en la clase.

Este último aspecto, la selección de Nicolás Vargas como

candidato vicepresidencial perredeísta, aporta el primer elemento para la vuelta a la desmitificación del proceso electoral, porque evidencia la necesidad de irlo estrechando orgánicamente a las diversas fracciones del capital, y por tanto, a la necesidad partidaria de recomponer las alianzas de clase en el momento electoral, en la coyuntura electoral. Desde esta perspectiva no cabe dudas de que la táctica balaguerista ha sido más aguda y acertada que la adoptada por el majlutismo, lo que significa una mayor organicidad del balaguerismo en su relación con el capital, las fuerzas armadas y el imperialismo; es decir, en su capacidad, por la vía del liderazgo principal, de articular las alianzas en la sociedad política.

Y la mejor muestra de ello es la selección de Carlos Morales Troncoso como candidato vicepresidencial del Partido Reformista, candidato que resume también esa organicidad con el capital extranjero y nacional, y que funciona como un "cheque en blanco" para la burguesía criolla y extranjera, no sólo como garantía del tipo de régimen futuro sino en el terreno de la sucesión histórica del balaguerismo.

Si a ello agregamos una mayor movilización balaguerista en la sociedad civil, como habíamos dicho en párrafos anteriores, expresado ello en la candidatura populista de Corporán de los Santos, o en la imagen de "Don Chencho" como expresión de la vinculación histórica del campesino parcelario a la alianza balaguerista llegamos a la conclusión de que el Dr. Joaquín Balaguer tiene hoy mayores recursos para recomponer la alianza dominante en la coyuntura electoral.

Esta última apreciación se profundiza por dos elementos más que debemos agregar. En primer lugar, que la candidatura majlutista perdió una parte importante de la base social del peñagomismo, que obviamente tiene una expresión urbana importante y que tiende a canalizarse al través del peledéismo.

Evidentemente que el peledéismo cumple una función de esponja que recoge o chupa toda o gran parte del "agua" que se pierde desde los recipientes perredeístas, y ello sucede en el contexto de la definición del peledéismo como partido burgués de vocación electoral, a partir del Segundo Congreso de 1983.

En dicho Congreso Juan Bosch afirmó que el PLD había crecido "subjetivamente", no organizativamente u orgánicamente, referido ese crecimiento a un proyecto de alianza que es necesario describir o analizar. Ese crecimiento "subjetivo" del que habla Bosch engloba a trabajadores, pequeño-burgués, chiriperos, campesinos, en su primera fase, y posteriormente a altos burócratas y burgueses de diversas actividades, unificados a partir de una prédica ideológica moralizante y tecnocrática.

Sin embargo, y a pesar de sus esfuerzos ante la Cámara Americana de Comercio, en reuniones de comerciantes y empresarios en diversas localidades, el proyecto de alianzas de clase burguesa (no un frente de liberación nacional) tiene una configuración donde el polo propiamente de los propietarios capitalistas es muy débil materialmente hablando, a diferencias tanto del majlutismo como del balaguerismo.

PESO Y FUNCION DE LOS LIDERAZGOS INDIVIDUALES E HISTORICOS

Este último aspecto nos permite situar un poco la coyuntura electoral, además, de cara a sus perspectivas. La debilidad del boschismo en relación a la necesidad de incrementar la participación burguesa en su proyecto de alianza para la coyuntura electoral, pretende ser sustituida por la capacidad individual del líder carismático, es decir, Bosch. De hecho esto introduce una contradicción subalterna brutal en el proceso, porque el proceso oculto tras la coyuntura electoral lleva a una crisis donde se producirá una gran confrontación social, y una muestra de ello es, tanto la marginación de Peña Gómez y la selección de Morales Troncoso, un hombre de los de arriba, lo que significa una mayor nitidez y claridad en el proceso como desmitificación de la alianza pueblo-burguesía.

Este razonamiento tiene una vinculación estrecha con la apreciación crítica del peledéismo, en la medida en que frente a la progresiva confrontación social que subyace en el momento electoral, y que éste agudiza, Bosch ha planteado la cuestión haciendo énfasis en su liderazgo individual, en el "don" táctico genético de los jefes carismáticos, en suma, en el estado mayor del "genio" dirigente.

En tal sentido, el "auge subjetivo" del peledéismo, que existe obviamente en el aspecto electoral. Descansa fundamentalmente en la relación de las masas con su liderazgo. Y como no se ha producido un auge orgánico del partido, es decir, de su estructura política (que tiene tendencia todavía a sostenerse a partir de una columna de cuadros) la actual composición cuantitativa de Círculos de Estudios, Comités de Base e Intermedios, no puede sostener la relación contradictoria que el volumen del crecimiento "subjetivo" establece como presión sobre la organización. Y aún más, no reúne las condiciones para servir de canal dirigente a esa nueva relación entre la cantidad subjetiva y la calidad orgánica del Partido.

En tal sentido, el boschismo tiene obvias y objetivas limitaciones para articular una alianza victoriosa, tanto con los de arriba como con la necesidad de sistematizarla en las capas populares. En el caso del Dr. Joaquín Balaguer, la situación es distinta, pues él unifica en el partido las diversas clases y capas, incluyendo a los

sectores populares reformistas, a partir de una relación más primitiva y verticalista y en una relación directa y corporativa con la burguesía que se ve reforzada con Morales Troncoso.

Por otro lado, Jacobo Majluta se enfrenta a una complejidad a la cual responde con una coexistencia de su liderazgo individual y un equipo político-orgánico de muy poco desarrollo y condiciones, en el contexto de un partido fraccionado sin el respaldo de la base social del peñagomismo, levantando una plataforma electoral publicitaria politicista, lo cual, naturalmente, preocupó y preocupa a la Embajada de los Estados Unidos.

La preocupación norteamericana no es sólo por la imposibilidad de universalizar a Majluta como candidato efectivo y militante de los perredeístas unidos, sino también por los errores obvios cometidos en los últimos días de campaña electoral, lo cual ha abierto, aún más, la disensión en el propio frente majlutista, tanto en su equipo perredeísta (confrontación entre Stormy Reynoso y Hernández Alberto), como entre ese equipo y el Partido La Estructura como órgano diferenciado y puente entre el majlutismo y el "liberalismo" y sus implicaciones clasistas.

En tal sentido, la capacidad para construir alianzas hegemónicas de parte del sector de Jacobo Majluta se ve reducida al introducir en su base política una contradicción que se desarrolla sin visos de solución, en la medida en que la jefatura del líder acusa ya limitaciones de centralización y de conducción universalizante de sus militantes de base sin la interferencia del liderazgo subalterno de la fracción perredeísta o estructurada.

COYUNTURA ELECTORAL Y CRISIS

De acuerdo al cuadro histórico y coyuntural podemos afirmar que quien tiene la primera posibilidad de rearticular una alianza de clases de resultados cuantitativos victoriosos en la coyuntura electoral es el balaguerismo, por lo menos, al momento de escribirse este artículo, verificándose un descenso de la alternativa perredeísta y un repunte del boschismo, este último fenómeno responsable parcial de una previsible derrota majlutista.

Ahora bien, sea cual sea el resultado, aún el que preveemos por las razones señaladas, se vislumbra también como fenómeno post-electoral definido una aguda confrontación de clases que podría adquirir matices significativos en la medida en que factores estructurales persistan gravitando sobre la administración del Estado y sus respuestas de clase, fundamentalmente en la medida en que la presencia directa y corporativa de la burguesía en las candidaturas y las políticas partidarias esclarezcan el momento electoral en el sentido de su desmitificación.

En efecto, las demandas democrático-burguesas de los años 1961-1962 estaban referidas a una combinación de exigencias burguesas y populares en relación a la desmonopolización de la dictadura de clase y a las condiciones de subalternidad de las masas.

En relación a las demandas democrático burguesas de la post-intervención norteamericana de los años 1966-67-68 y siguientes, se referían, también, a una exigencia embrionaria burguesa de competitividad y a reclamos populares de levantamiento del peso de la acumulación de la plusvalía social obtenida por la sobreexplotación de la fuerza de trabajo y la orientación del gasto público a una estrategia burocrática del grupo balaguerista.

Las demandas democrático-burguesas a partir de los años 1978-1979 y siguientes, cuestión que se manifestó claramente en 1984, comienzan a tornarse hacia el plano político-social, como exigencias populares de participación y autodefensa, mientras los reclamos corporativos de la gran burguesía social de la burguesía extranjera se orientan a un copamiento por arriba del Estado para liquidar los rasgos populistas que le quedan a éste de la transición post-trujillista.

En este sentido, el momento o coyuntura electoral de 1986 tiene el valor de colocar en un primer plano este fenómeno al través de la prioridad que las fuerzas políticas dan al poder real de clase, y por tanto a la necesidad de articularlo orgánicamente a sus proyectos políticos inmediatos, con lo que comienzan a evidenciar la naturaleza clasista de esta forma "democrática", y a **diferenciar las demandas democráticas del pueblo de aquellas que surgen del seno de la burguesía.**

Ello permite afirmar que esta desmitificación progresiva de la "democracia" en la conciencia popular y de capas medias, inicia un proceso de decantamiento de las potencialidades de alianzas de clase en las cuales los sectores populares asumen una subalternidad con una conciencia burguesa de los de arriba, y en resumen, como masas de maniobras de las contradicciones interburguesas.

Nicolás Vargas, por el perredeísmo, Carlos Morales Troncoso, por el balaguerismo, y el "gobierno democrático" del boschismo, implican una institucionalización del poder real de clase al proyecto político de uso del Estado para una redefinición dominicana de finales de esta década. Pero también indican, una separación progresiva de las fuerzas políticas tradicionales de factores hegemónicos de anteriores coyunturas electorales, estableciendo una diferenciación de las demandas democrático-burguesas conservadoras, en relación a una coyuntura electoral, y las demandas populares más allá de la cuantificación de los colegios electorales. Las demandas de la burguesía extranjera criolla en cuanto a seleccionar cuadros o

condicionar políticas, reducen el espacio de participación popular en las reglas del juego de la dictadura de clase, y los colegios electorales pasan de ser un espejismo de poder de decisión, a una enclenque donde la población ejercita un descarte entre representantes de la clase dominante.

En tal sentido podemos afirmar que la sociedad política dominicana y el Estado ingresan en un proceso de monopolización restringida de las decisiones finales, de por sí ya muy condicionadas a partir de la dedocracia partidaria ejercida en los tres principales partidos que compiten electoralmente por el poder formal, PR-PRD-PLD, a fines de seleccionar candidatos.

Esta reducción de la capacidad para articular la sociedad civil a los proyectos políticos se encontrará con el mantenimiento de la crisis de precios de nuestros productos tradicionales, el déficit, mortal para nosotros, de la balanza comercial norteamericana, en suma, por el modelo extrovertido y destructivo de nuestra economía, que es lo mismo que hablar de las condiciones materiales más agudas de la crisis.

Y a esas crisis sólo podría tomar el camino de palearla por la vía de una estrategia burguesa de tipo socialdemócrata y ninguna de las fuerzas que compiten en el momento electoral, pueden o quieren, por los compromisos corporativos de clase adoptar esa vía, a menos que el boschismo y el peñagomismo no arriben a un pacto "histórico". Pacto que, para su implementación encontraría la oposición cerrada de la burguesía extranjera y criolla, ambas fracciones ejes de esta economía extrovertida y destructiva que hoy reclama una reducción sustancial en la participación popular en la sociedad política y civil, tal y como lo demostró la empresa Falconbridge Dominicana, que confesó abandonar "la política de concesiones" al movimiento sindical.

Este proceso descrito en el último párrafo exige de nuevas fuerzas sociales y políticas revolucionarias, construidas en la diversidad y la riqueza de las lecciones de los últimos 25 años, para no quedar como fuerzas políticas maltrechas y marginales, tal y como acontece con las fuerzas de la izquierda tradicional dominicana, que no aparecen en este artículo o análisis por su condición marginal en todos los niveles.

Las lecciones de la historia nos dicen que se acercan días a partir de la coyuntura electoral que definirán más claramente la relación entre el pueblo y el poder que la burguesía extranjera y criolla disfrutan, haciéndoles creer que también ese es su poder. Esperemos que las demandas democráticas y populares de las masas de los de abajo comiencen a crear las bases de su propio poder, diferenciado y alternativo.

NOTAS

1. **Iniciación al Vocabulario del Análisis Histórico.** Crítica. Grupo Editorial Grijalbo. 1980, p. 1.
2. *Ibidem.*
3. **Los Conceptos Elementales del Materialismo Histórico.** Siglo Veintiuno Editores, 1972, p. 152.
4. *Ibidem.*
5. **Historia, Hegemonía y Estrategia Revolucionaria.** Poder Popular No. 2. Diciembre 1985.

Otros trabajos consultados:

1. "Crisis y Alternativas Políticas". **El Nacional** de Ahora. 1 y 2. 10 y 11 de enero de 1985.
2. "Izquierda y Coyuntura Electoral". **El Nuevo Diario.** 11 de enero 1986.
3. "Crisis y Relevos Políticos". **El Nuevo Diario.** 15 de enero 1986.
4. "PLD y Coyunturas Electorales". **El Nuevo Diario.** 28 de enero 1986.
5. "Partidos Burgueses y Coyuntura Electoral". **El Nuevo Diario.** 25 de febrero 1986.
6. "Dominicana, Haití y Filipinas: El Estado Imperialista". **El Nuevo Diario.** 4 de marzo 1986.
7. "Movimiento Popular y Coyuntura Electoral". **El Nuevo Diario.** 11 de marzo 1986.
8. "Estado y Dictadura: Balaguerismo, Boschismo y Majlutismo". **El Nuevo Diario.** 25 de marzo 1986.

Fecha conclusión del análisis: 7 de abril 1986